



TOLVANERA
ROBERTO
ZAMARRIPA

robertozamarripa2017@gmail.com



En el intento de remendar la iniciativa electoral habrá quienes se pinchen el dedo en la rueda del cochupo.

Los bellos durmientes

Los escenarios abiertos en el debate de la reforma electoral propuesta por el gobierno federal van desde el color sepia hasta el color de hormiga.

1. Aprobada. Desde luego que existe la posibilidad de que la reforma se apruebe tal como ha sido presentada. Es el escenario más difícil pues la bancada mayoritaria no cuenta con los votos necesarios para una reforma constitucional. Pero existen recursos de diversa índole que pueden sumar votos aunque el costo de ello, económico, político y eventualmente judicial, sería muy alto. Y el resultado. Ni se diga.

Entrar, por ejemplo, a una elección de consejeros electorales por voto universal y directo (aún sin saber qué entidad regularía ese proceso) empoderaría de sobremana a esos funcionarios. Un mayor poder que los propios diputados o senadores elegidos por lista y con un perfil seguramente identificado con el partido mayoritario.

El centro de la estructura electoral, la de organización del proceso en el INEC y la de la calificación y sentencia final, con el Tribunal, quedarían en manos de funcionarios todopoderosos quienes de por sí ahora que han sido electos indirectamente rebasan sus facultades, en esa circunstancia no encontrarían contrapeso en ninguno de los poderes de la Unión, menos ante la ciudadanía.

2. El remiendo. Existe la posibilidad —la que mayores posibilidades muestra— de ir a una reforma electoral remendada en la rueda del cochupo. Esta opción está

intoxicada de origen. Ya ocurrió con la reforma que terminó por empoderar al Ejército en su labor de seguridad pública. El dirigente del PRI, Alejandro Moreno, obtuvo la gracia de apagar los chats que lo incriminaban y exhibían a cambio coser sus puntadas para remendar la ley gubernamental. En una especie de prisión domiciliaria, o prisión “curularia”, Alito despacha con un brazalette puesto que le delata si quiere pasarse de listo y por ello firma lo que le ponen enfrente. Otros de sus colegas lo hacen con posibles intenciones de evitar una crisis política mayor y buscar acuerdos que eviten saldos políticos desastrosos. Pero la negociación está infectada deliberadamente para desarmarla al primer desacato.

La vergüenza que sentía Moreno por aliarse con el Diablo no la tiene ahora cuando se ha acercado a lo que ellos mismos han calificado como lo más corrupto del PRI, su dirigencia.

En el remiendo de la iniciativa electoral pueden despojarla de varios de sus aspectos disruptores o populacheros originales y garantizar una repartición entre las cúpulas partidistas de los cargos de consejeros del nuevo Instituto Electoral que supla al INE. Un arreglo intencionado que avale una reforma electoral constitucional descafeinada pero que garantice el control de una entidad electoral adelgazada y mutilada.

Pincharse en la rueda del cochupo supone desde luego el adormecimiento opositor. Difícilmente

el Príncipe de la Alianza lo despertaría.

3. El rechazo. Está por delante la posibilidad de rechazar contundentemente la iniciativa oficial. Que los priistas no se dividan ni abran paso a una negociación que construya un mazacote legislativo. Sería sin duda una gran victoria de la oposición. No solo porque ya ha levantado un importante rechazo en la opinión pública e incluso dio pie para la movilización ciudadana. El rechazo a la reforma electoral se convirtió en la primera medida gubernamental que logra en serio unificar a personalidades y grupos disímiles en contra de la 4T.

4. El engaño. Cualquiera de las tres opciones mantiene un teatro del engaño. En ninguno de los casos queda una auténtica redefinición de los procesos electorales, de la ampliación de la representación política de minorías, más allá de las inscritas en partidos, en el redimensionamiento de la propaganda política y en la renuncia a los abusos partidistas en la confección de órganos que deben tener naturaleza ciudadana.

La expresión de “defensa del INE” deja de lado una realidad de costos y excesos de consejeros del instituto central, de los consejos locales o de las canonjías que gozan los magistrados electorales.

Puede frenarse un intento de atropello de la maquinaria mayoritaria. Pero debe asumirse la autocritica de las deformaciones y malas prácticas que han lastimado al sistema profesional electoral, cuya esencia ha sido el escrutinio ciudadano.